

Un enemigo hecho de voces

El padre Pedro de Mercado S.J. y el nuevo catolicismo en el nuevo mundo

Bolívar Echeverría

El presente libro, que alcanzó en su época una popularidad inusitada, fue el primero publicado por el religioso riobambeño Pedro de Mercado. Con él se iniciaba, a los 35 años de edad, un autor prolífico que aportaría a la “literatura de edificación” una de las obras más consistentes de todo el siglo XVII.

Antes que cualquier otra cosa, el padre Pedro de Mercado fue un autor jesuíta, un militante comprometido apasionadamente en una empresa que hoy puede resultarnos extrañamente irrealista pero que en su tiempo fue un factor decisivo del primer embate real de modernización que transformó a la civilización europea y su reedición americana. Fue la empresa, conocida como Contrarreforma, que intentaría por más de cien años --durante el “largo siglo XVII”-- volver posible lo imposible: conciliar en un sólo proyecto económico-social y religioso-político la necesidad de transformación de una vida humana activada ya por el nervio progresista del capitalismo con la necesidad de restaurar un sentido propio para esa misma vida humana, un sentido que ella identificaba con la fidelidad a la tradición cristiana, católica y romana de Occidente. Diseñada lentamente por los seguidores de Ignacio de Loyola (Diego Laínez, Alfonso Salmerón, etcétera) a lo largo de los decenios que duró el Concilio de Trento, esta empresa, cuyo sustento reflexivo se encuentra en la revolucionaria teología de la “ciencia media” de Dios, lanzada por Luis de Molina a mediados del siglo XVI, se propuso sacudir sistemáticamente, llegando hasta sus raíces, al mundo civilizado de entonces. De lo que se trataba era de completar, dentro del mundo católico, una revolución restauradora del cristianismo original, frente a la cual la Reforma protestante resultase no sólo innecesaria, sino insuficiente e incluso caricaturesca.

La destrucción del ídolo ¿Qué diran? es un libro para ser leído como un “manual de guerra espiritual”. Está dirigido a un ejército, que sería el de “los buenos cristianos”, a fin de fortalecerlos en la batalla contra “los malos cristianos” o “cristianos falsos”; una batalla indispensable, que ese ejército debe librar antes de entrar en la guerra principal. Esta, que es una guerra de conquista, tiene por finalidad la reconstrucción del mundo humano a través de la propaganda de la fe cristiana original, la “verdadera fe”; una propaganda no sólo extensiva, entre los pueblos aún gentiles, sino sobre todo intensiva,

en el campo de las instituciones y empresas terrenales de los pueblos cristianos. Para el autor de este, que es un libro de lucha, se trata de una empresa de restauración de “la emperatriz” (la Santa Madre Iglesia), “cuya hermosura se había convertido en polvo y ceniza”.

El Qué dirán aparece aquí como un dispositivo de defensa del status quo dominado por gran parte de los “cristianos viejos” (del Hábito de Santiago), cuya fe había aflojado y “degenerado”; sería un instrumento de manipulación de la “opinión pública”, que ellos emplean contra el cristianismo renovado (del Hábito “de Jesús”), al que no alcanzan a someter por la fuerza (“poniendole espías y gente armada”). Esa élite de los cristianos viejos (“gente granada y principal” entre la que se cuentan “mundanos letrados ignorantes” que, “aunque sean sabios, son idiotas en cosas del espíritu”) ve en el cristianismo de la Compañía de Jesús una amenaza creciente a su posición de poder dentro de la Iglesia, a la que ellos han “gentilizado” y prostituido con su escepticismo y su permisividad, nacidos ambos de su claudicación ante la mala modernización del mundo.

El Qué dirán es “la escuela de la murmuración, la plaza de los escarnios, el teatro de las fisgas, la oficina de las burlas, la cuna del mal obrar, el sepulcro del obrar bien, el fuego que esteriliza el vergel del alma”. Es “un monstruo compuesto de los dichos mundanos que burlan de la virtud, es un ídolo fabricado de malos juicios que escarnecen la santidad”. Poderoso, el que dirán no es sin embargo más que eso: “un compuesto accidental de dichos, que no tiene unión en sus opiniones”, un enemigo “que no tiene más que voces” y que sólo vive del “ser pronunciado” por los malos cristianos.

De lo que se trata, para el padre Mercado, es de purificar y fortalecer a la Iglesia, y su libro es un proyectil que va dirigido contra los falsos cristianos que la enturbian y debilitan; se trata de destruir una de sus armas principales, el Qué dirán. De lograr, tapándoles la boca --pues el Qué dirán es un ídolo hecho de voces, un “monstruo de aire”--, que “callando lo destruyan”.

*

Pedro de Mercado, nació en Riobamba, se formó y escribió su primer libro (que el lector tiene en sus manos) en Quito y pasó la mayor parte de su larga, prolífica y venturosa vida en Santafé, la capital del Nuevo Reino de Granada.

Nada sabemos de sus primeros años. El 23 de febrero de 1636 ingresaba en la Compañía de Jesús en Quito. Sus estudios de filosofía y teología los hizo en el Colegio de San Luis de esa misma ciudad. Allí tuvo “la dicha de conocer al venerable Hermano Hernando de la Cruz”, conocido por su obra pictórica y por la influencia que ejerció sobre Mariana de Jesús.

La noticia del inmediato favor que alcanzó entre el público su Destrucción del ídolo alcanzó ya al Padre Mercado en el Nuevo Reino de Granada, a donde había llegado después de un corto período en Popayán. En ese mismo año de 1655 es nombrado párroco del Real de minas de Santa Ana (Tolima). En 1659 se encuentra de rector del colegio de Honda. En su Historia menciona a un “padre que era entonces rector”, seguramente él mismo, que reconstruyó la vieja iglesia del colegio, techándola de nuevo y adornándola con cuadros e imágenes. A partir de 1667, y por varios años, es rector y maestro de novicios en Tunja. En 1678 se encuentra de rector del colegio de Honda. Es trasladado después a Santafé como superior de la residencia de Las Nieves. Pasa a ser luego rector del Colegio Máximo y de la Universidad Javeriana (1687). En 1689 ejerce el cargo de Viceprovincial. Ya anciano, después de una larga carrera en la que combina el ejercicio de la letras con las tareas de gobierno, entrega sus últimos días a la dirección espiritual de los jóvenes jesuitas del Colegio de Santafé. En esta ciudad muere el 11 de julio de 1701.

En el registro de su entierro se lee: “Fue sujeto de conocida virtud y religión, tan observante de las reglas que no se le notó la menor quiebra en su observancia. Imprimió muchos tratados espirituales para provecho de las almas. Conservó la gracia baptismal. Está enterrado en el presbiterio, en el lado de la epístola, en el sitio donde se pone el subdiácono a cantarla. En su entierro (que hizo el venerable deán y cabildo con asistencia de todas las religiones y nobleza de la ciudad) hicieron todos grandes demostraciones de la estimación que hacían de su virtud, besándole a porfía los pies y las manos, y cortándole los cabellos y vestidos como reliquias de un varón santo.”

El docto sacerdote santafereño don Juan Bautista Toro llamaba al Padre Mercado el “Oráculo de esta ciudad”. No menos estima le profesaban sus superiores religiosos. El Padre General Tirso González, alegrándose del fervor religioso que reinaba en el colegio de Santafé, lo atribuía al ejemplo, entre otros, del Padre Mercado.

El Padre Mercado publicó en su vida numerosas obras de carácter ascético. La primera, en orden cronológico, parece ser Destrucción del ídolo ¿Qué dirán?.

El libro, de formato pequeño (8.2cm x 10.7cm), consta de 16 + 220 folios (curiosidad: la numeración salta el nr. 214) y fue editado en Madrid, por Pablo de Val, el año de 1655. Tuvo un éxito sorprendente. Fue traducido al italiano como *La distruzione dell'idolo Che diranno?*, en Venecia, por Gio. Giacomo Herz, en 1670 y reimpresso en Génova (Ant. Casamara 1711). Al latín lo tradujo su propio autor, Petrus Mercas, y fue publicado con el título de *Exidium idoli Qui dicen homines*, en Viena, el año de 1679.

Ese mismo año salió también en Madrid su *Método de obrar con espíritu*, reeditada en 1662. En 1660 aparecieron, en la misma ciudad, dedicadas a la marquesa de Montealegre, doña Juana de Borja, sus *Palabras de la Virgen María Nuestra Señora, sacadas del sagrado Evangelio*, y en 1667 su obra *Ocupaciones santas de la cuaresma*.

Siendo rector de Tunja redactó *El cristiano virtuoso* (obra que se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de Bogotá). La dedica al licenciado Sebastián Merchán de Velasco y Monsalve, cura de Olcatá, bienhechor de aquel colegio. Se publicó en 1673.

En los años siguientes dio a la imprenta *Práctica de los ministerios eclesiásticos* (Sevilla, 1676), *Conversación del pecador con Cristo a imitación de algunos pecadores que hablaron con su divina Majestad en esta vida mortal* (Valencia, 1680), *Oficio manual espiritual* (Sevilla, 1680), *Instrucción para hacer con espíritu los oficios corporales de la religión* (Valencia, 1680), dedicada a los religiosos que no son sacerdotes, *Memorial de los siete dolores de María Santísima* (Valencia, 1680) y *Rosal ameno y devoto* (1680). Este último libro, en que explica el modo de rezar el rosario de la Virgen María, fue reimpresso repetidas veces en México.

En 1681 aparecieron en Sevilla, sus *Recetas de espíritu para enfermos del cuerpo*. En sus cortos capítulos, titulados *recetas*, exhorta a los enfermos a practicar diversas virtudes, poniéndoles ante los ojos los ejemplos de numerosas personas virtuosas. “Que el enfermo ha de sufrir con fortaleza los remedios rigurosos”, “cómo se han de tomar los jarabes y purgas”, “que el que ve al enfermo ha de dar gracias a Dios por estar sano”, son algunos de los títulos de sus capítulos. Esta obra está dedicada al Padre Fray Juan Antonio Cabeza de Vaca, de la orden de los Hospitalarios de San Juan de Dios, comisario general de las Provincias de Tierra Firme y Nuevo Reino de Granada.

En la Biblioteca del colegio de San Barlólomé (La Merced) se encuentra un raro ejemplar de una de las últimas obras del Padre Mercado. Son las *Horas Mariales*, en que se ponen varios modos con que el cristiano puede recibir por suya a la Virgen María a imitación del evangelista apóstol San Juan. La censura la firmó en 1688 el rector del colegio de Cádiz, Padre Florencio de Medina, pero la obra sólo apareció tres años

después, en 1691, en la misma ciudad de Cádiz. En ella habla largamente el Padre Mercado de la esclavitud mariana, devoción que había de popularizar años más tarde San Luis María Grignon de Montfort.

En esta misma obra se halla la licencia de don Diego Agustín de Rojas Conte, provisor y vicario general de la diócesis de Cádiz, para imprimir otros ocho tratados del Padre Mercado titulados: Cuentas que ha de tener el alma con su Dios, Contratos de Dios con el Hombre, Insignias de la Pasión de Cristo, Libro único de algunas excelencias de la Santísima Trinidad, Psalmos del Seráfico doctor San Buenaventura, Trabajos de María Santísima, Calendario para solicitar con los santos buena muerte y Comunicación del alma con su Dios Trino y Uno. Por el Padre Sommervogel sabemos que se editaron en Cádiz entre los años de 1688 y 1693.

Finalmente en Amsterdam salieron publicadas, en 1699, sus Obras espirituales, que contienen los cuatro tratados siguientes:

Tratado primero: Numerales meritorios de gracias; Tratado segundo: Metamorfosis provechoso a las almas; Tratado tercero: Galateo espiritual, cortesano a lo virtuoso o vida de Damiana Barrolo; Tratado cuarto: Dechado para mujeres sacado de la historia de Ruth.

Pero el Padre Mercado no cultivó solamente el campo de la ascética. Su Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús (a la que le convendría más el nombre de crónica) revela no sólo sus dotes de historiador sino su maestría como narrador. Es una obra escrita con un criterio panegirista, sus intención es, aquí también, edificante. Aporta sin embargo noticias que en vano se buscarán en otras fuentes. Como contemporáneo de los hechos que narra y compañero de muchos de los biografiados, su autoridad es indiscutible.

Más que extraño, como apunta Juan Manuel Pacheco, es sumamente indicativo del menosprecio de lo propio que caracteriza a la mentalidad colonizada, el “que nuestros críticos literarios ignoren casi por completo al Padre Pedro de Mercado, uno de nuestros más fecundos escritores de la segunda mitad del siglo XVII”.

*

Muchos e importantes son los aspectos de este libro del padre Mercado que pueden llamar la atención de los estudiosos. De todos ellos quisiera destacar solamente dos: uno, que muestra una cierta característica de la doctrina cristiana predicada

cotidianamente por los jesuitas del siglo XVII y que suele estar oculta en las presentaciones “oficiales” de la misma; otro, que da testimonio del estado en que se encontraban el cristianismo y la sociedad americana en la primera mitad del siglo XVII.

A todo lo largo de su texto, esta pequeña obra exhorta a los “cristianos buenos” o en camino de serlo a resistirse al influjo nefasto que emana del ídolo Qué dirán. Pero en toda ella es evidente que la preocupación que la motiva no concierne solamente a la salvación del alma singular de cada uno de sus posibles lectores, sino a la salvación de la iglesia en su conjunto, de la totalidad de los miembros de una comunidad o “asamblea” que es católica, universal. Al conminar a los cristianos a vencer el poder de las murmuraciones, las mofas, la pérdida de prestigio, de las que está hecho el Qué dirán; al descalificar a los escarnecedores y reconvenir a los débiles que ceden al escarnio, el padre Mercado tiene en mientes una lucha entre Dios y el Diablo que no es solamente por el control del alma de cada uno sino por el control del mundo entero. En la disputa por cada alma está en juego la disputa por toda la Creación. Pero no sólo eso. La carga dramática que transmite este libro tan encendido se debe a la convicción de que la historia del enfrentamiento entre los “buenos” y los “malos” pasa por un momento crucial.

Por lo pronto, lo que predomina es la modernización espontánea de la Iglesia, que ha llevado a una situación de “inversión de los valores”; lo que es virtuoso se ha vuelto digno de burla (se le llama “hipocresía”), mientras el pecado es aplaudido y festejado. El Qué dirán es el dispositivo de imposición y de defensa de esta “inversión” mundana de los valores cristianos, que están orientados originalmente a lo celestial. El padre Mercado sabe que el arma que emplean los “malos” cristianos es efectiva; que las “fisgas y mofas” con que acosan a los “buenos” para ahuyentarlos del buen camino; que la sorna con que acusan de hipócritas y “santulones” a los “virtuosos”, los “silbos afrentosos”, las “palabras picantes que se perciben por los sentidos” (“más eficaces que las que entran por los oídos”), tienen efectos devastadores. Pero percibe también que el tiempo en que los “malos” tomaron posiciones en el campo mismo del Bien, apoderándose de muchos de los “buenos”, parece haber llegado a su fin y que la historia ha entrado ya en la época de una nueva batalla del Bien contra el Mal, sobre un escenario completamente nuevo. El Qué diran es el arma de un Mal que ha pasado ya a la retirada.

Por debajo de la apariencia oficial o “formal”, puramente progresista, pedagógica y racionalizadora, de la Compañía de Jesús, los predicadores de base, a los que representa el padre Mercado, rescatan y enfatizan, muchas veces de manera extra oficial o “informal”, el nervio “maniqueo-pelagiano” que está en el centro de la empresa bélica fundada por San Ignacio: el triunfo de Dios sobre el Demonio está aún por decidirse, está decidiéndose a cada instante, y la intervención humana comprometida en la guerra que los enfrenta puede inclinar la balanza. En *La destrucción del ídolo* hay una insistencia sostenida en la idea, propia de la teología modernizada del jesuita Molina, de que, en un cierto sentido, también Dios necesita de los hombres. Dios “los llama para servirse de ellos” en su lucha contra el Demonio, y ellos, en uso de su libre arbitrio y siguiendo la inclinación del universo, que es favorable a la Creación divina, toman partido por Dios, y le sirven.

“Advierte Cristiano lo que haces --escribe el padre Mercado--: si no te das a la virtud”, si no te encaminas a la perfección, “Dios, que te llama”, que “te necesita a su servicio”, decepcionado de ti, “se reirá de ti”; “... si te apartas de la perfección, amedrentado por las mofas de los pecadores, “no sólo los pecadores, los demonios, mofarán de ti, sino el mismo Dios.” (Libro 2, cap. VII.)

Para los jesuitas del cuño del padre Mercado, también el mundo terrenal hay que disputárselo al Demonio. La necesidad de “ganar el mundo” está ahí; pero ellos la plantean como realizable sólo en tanto que se cumple a través de una actividad eclesial, la única que puede hacer de ese “ganar el mundo”, no un “perder el alma” (que lo es casi ineluctablemente cuando es emprendido de manera individual o privada), sino más bien el modo más alto de ganarla sobre esta tierra, puesto que se cumple sin lugar a duda *ad maiorem Dei gloriam*.

¿Por qué importa tanto luchar contra el Qué dirán? ¿Por qué hay que combatirlo con tanta decisión? Porque el terreno de la “opinión pública”, donde él se genera y desenvuelve, no sólo expresa intenciones sino que también las crea; no es siempre sólo efecto de la convicción sino que puede también ser causa de la misma. Profundamente barroco, el empeño del padre Mercado supone que la diferencia entre apariencia y verdad nunca puede ser tanta que llegue a disociarlas; siempre hay algo de verdad en la apariencia así como siempre la verdad se deja ver o se hace notar de alguna manera. La forma en la apariencia, aunque sea contradictoria de la forma verdadera, guarda siempre una relación con ella, la expresa de algún modo; ”por esto el que quisiere loa en la comedia de esta vida, haga el papel de un despreciador de los dichos, y pareceres del

mundo ...”. De la retórica de la fe, del mero hacer profesión de fe, puede resultar la fe misma; el gesto puede llamar al significado, convocarlo. En ocasiones, vencer al Demonio desobedeciendo al Qué dirán puede llegar a exigir del buen cristiano practicar “cosas que tiene el mundo por locura”, desarrollar comportamientos “anti-sociales”, incluso “anti-naturales”, como sería la mortificación del cuerpo en tanto que órgano dominado por el Demonio, que se burla y hace mofa de la voluntad de virtud. En la mente del padre Mercado estaba tal vez el caso reciente de la ciudad donde escribía, el de Mariana de Jesús: la apariencia de santidad, incluso su fingimiento, la llevaron a pasar a la esencia de la misma. Las circunstancias que se dieron en torno al terremoto de 1645 en Quito fueron propicias para que el gesto de entrega de Mariana al reino celestial se convirtiera, gracias a su muerte, causada por la peste que acompañó al terremoto, y al retorno de la ciudad a su vida normal, en un hecho que para la población desesperada y ferviente de Quito fue prueba del triunfo del Bien sobre el Mal.

Como documento de su época, este libro, *Destrucción del ídolo ¿Qué dirán?*, tiene el interés especial de dar un testimonio indirecto del estado en que se encontraban la sociedad americana y su vida religiosa en la primera mitad del siglo XVII.

Era numerosa, tal vez mayoritaria y dominante --esto se deja deducir de la importancia que le reconoce el padre Mercado y la virulencia con que la ataca-- la fracción de miembros de la Iglesia criolla que se caracterizaba por un marcado aflojamiento en el ejercicio de las virtudes cristianas, una amplia permisividad en las costumbres y un debilitamiento de las manifestaciones de su fe católica. Un estado de cosas que resulta comprensible si se tiene en cuenta que, en muchos aspectos, América fue un campo de experimentación de la modernización europea.

En el orbe mediterráneo, que llegaba hasta América, una secularización creciente de la sociedad que se modernizaba --y que al hacerlo despertaba identidades y usos y costumbres gentiles hasta entonces reprimidos-- se expandía desde el centro mismo del catolicismo romano a todo el cuerpo de la Iglesia Católica. Era un camino de modernización completamente contrapuesto al del fundamentalismo cristiano, seguido en el norte europeo, que desembocaría en la revolución cultural conocida como la Reforma. Se trataba de un proceso en el que la vitalidad y la creatividad de las nuevas fuerzas productivas se hacía presente bajo la forma de un desordenamiento creciente de las instituciones establecidas, a las que rebasaban, y en lugar de las cuales la sociedad no había sabido poner sustitutos todavía.

En las ciudades de corte mediterráneo moderno (renacentista) fundadas en América, un “reordenamiento” de la vida social, surgido espontáneamente desde el desorden y hecho para el desorden, se gestaba de manera informal, muchas veces transgresora y clandestina. Era el “reordenamiento” que los indios ciudadanos --los que quedaban después de haber sido diezmados y no estaban semiesclavizados en las haciendas y los obrajes ni habían sido rechazados hacia los páramos-- improvisaban a través del proceso de mestizaje civilizatorio con el que intentaban reconstruir la civilización europea en América. El mismo “reordenamiento” que, asumido y castizado por los criollos, dará su peculiaridad a la primera modernidad, la “modernidad barroca”, de la América latina.

La causa de la diferencia que distinguió a la Compañía de Jesús de las demás “religiones” que congregaban a los católicos en el largo siglo XVII estaba en su aceptación de la modernidad que se generalizaba entonces en la sociedad europea; en la asunción del nuevo espíritu de los tiempos, según el cual el mundo terrenal debe ser ganado, y no despreciado, por los cristianos y la libertad y creatividad del individuo singular debe ser exaltada y encauzada, pero no sometida. Los jesuitas no se resistieron sino que se sumaron al desorden subversivo que llegaba con la modernización capitalista del mundo. Pero el proyecto que habían elaborado largamente no era el de permanecer arreglarselas en ese desorden sino el de trascenderlo e instaurar un nuevo orden cuya novedad implicara una paradójica metamorfosis del cristianismo católico, capaz a un tiempo de revolucionarlo y de restaurarlo. Su proyecto implicaba aceptar la modernización pero sustituyendo en ella el motor salvaje que la vitalizaba por el motor organizado de la fe en una redención humana que comenzando en este mundo se extendiera hasta el otro. Los jesuitas pretendieron quintaesenciar esa vitalidad moderna, destilando de ella lo que mejor servía a una reconstrucción teocrática del estado-iglesia. Su impulso los llevaba así a enfrentarse lo mismo a la vieja estructura de la Iglesia que a toda aquella vitalidad de la sociedad moderna que se demostraba reacia a dejarse organizar por ellos. Un ejemplo de esa lucha en dos frentes es el presente libro.

“En ninguna parte del nuevo mundo --resume Hernán Rodríguez C.-- fueron los jesuitas más poderosos que en la Audiencia de Quito, y en ninguna parte su convencimiento y dirección estuvo más certeramente orientado y más eficazmente instrumentado.” En efecto, el tono de este libro del padre Mercado denota un convencimiento de que la Compañía de Jesús ocupa una posición protagónica en la vida social americana y es la empresa en referencia a la cual deben definirse todas las demás. Por lo que se desprende de él, su autor tiene una interpretación muy precisa (seguida de un diagnóstico y una

propuesta de remedio) del hecho antes mencionado, de que una parte importante de la iglesia criolla se hubiese vuelto permisiva en las costumbres y “corrupta” en la fe.

En este libro del padre Mercado, las nuevas fuerzas sociales, las mismas de las que se alimenta la empresa jesuíta, aparecen subordinadas y confundidas con las viejas resistencias del establishment católico bajo la figura de los “malos cristianos”, identificados como los “cristianos viejos”. Refractada por esta mirada jesuíta, la vitalidad de la época del mestizaje brilla únicamente en su propio proyecto, mientras que se opaca como elemento de “descomposición” en la prepotencia de los “malos cristianos”.

Es notoria la asociación que hace Pedro de Mercado (cuyos ancestros bien pueden haber sido judíos conversos, perseguidos en la época del viejo catolicismo de la Reconquista) de estos cristianos “apóstatas”, “servidores del Demonio”, con los “cristianos viejos”, adscritos incluso a la tradicional y heroica Orden de Santiago ; asociación que se complementa con la otra que hace entre los “hombres virtuosos”, acosados y perseguidos, y los cristianos que militan en el nuevo catolicismo de la Compañía de Jesús.

Los “cristianos viejos”, los hijos de los conquistadores renacentistas, parecen haber convenido todos ellos en que la noción cristiana de virtud era ya obsoleta, en que era imposible o inconveniente tratar de alcanzarla; en la necesidad de abandonarla o redefinirla. Son ellos los que, desde sus posiciones de poder, fabrican el ídolo Qué dirán y se sienten libres y autorizados para emplearlo contra los cristianos renovados.

Es posible que el referente empírico de los “apóstatas malignos” que imponen el culto del ídolo Qué dirán, aquellos malos cristianos a los que se refiere el padre Mercado, hayan sido los miembros del “círculo permisivo e ilustrado” que un cuarto de siglo antes se juntaban en Quito en torno y al amparo de Don Antonio de Morga, Presidente de la Real Audiencia (cristiano viejo, de la orden de Santiago). Personaje ambigüo, prototipo de la conjunción entre el hombre de empresa y el funcionario corrupto que sigue prosperando después de tantos siglos en la América latina, el Presidente Morga no sería propiamente un ejemplo de “cristiano viejo”, sino más bien de un cristiano modernizado por el capitalismo de entonces, es decir, renovado, pero de una manera completamente divergente de la propugnada por la Compañía de Jesús, un hombre de empresa astuto que supo aprovechar el estado de descomposición de las instituciones españolas a comienzos del siglo XVII.

La destrucción del ídolo ¿Qué diran? es muestra perfecta de un tipo de discurso reflexivo, el teológico-práctico, y de un género literario, el de la prosa edificante, que predominaron durante cosa de dos siglos en nuestra historia y que han marcado profundamente nuestra manera de pensar y de hablar. Volver sobre ellos, reasumirlos críticamente, puede ser una manera de recordar un futuro que no podía prosperar, por lo ilusorio de su anticapitalismo, y de preparar otro diferente que tal vez pueda tener un mejor destino.

Bolívar Echeverría A.

*

La edición de esta obra de Pedro de Mercado se realiza en el marco del proyecto de investigación Lo barroco en la América Latina: permanencias y rupturas, aceptado por la Dirección General de Apoyo al Personal Académico de la UNAM.

La preparación del texto para su publicación estuvo a cargo del Mtro. Isaac García Venegas.
